

Breaking Bad

Colunge, Angel

Recibido: 22 de agosto de 2011

Aceptado: 26 de agosto de 2011

Los últimos diez años no he tenido tiempo para dedicar un par de horas a la semana, en un horario fijo, a sentarme y continuar con el ritual consagrado de una serie televisiva, tal como lo hacía con los Expedientes Secretos X que pasaban por canal 2, los domingos a las 10 de la noche, justo antes de Millenium, cuando la televisión nacional aun podía importar programas entretenidos.

En todo caso, ya sentía superada esa actitud de esperar con impaciencia y ansiedad la continuación o la siguiente temporada de una serie, el andar buscando información en internet o hasta el conversar obsesivamente con los amigos sobre las posibles tramas y sucesos que les aguardaban a nuestros protagonistas favoritos. Ya sentía superada esa etapa de adicción... qué equivocado estaba.

La verdad es que he recaído estrepitosamente. Todo empezó en las vacaciones de medio año del 2010, cuando usé hasta el último minuto de mi tiempo libre para ver las primeras tres temporadas de Breaking Bad. La serie me gustó desde el saque a pesar que llegué de casualidad, mientras buscaba la colección completa del show de Benny Hill. Lo cierto es que me recordó inmediatamente a *Un día de Furia*, con Michael Douglas, que hacía de un oficinista promedio que es llevado al límite de su paciencia por las circunstancias de la modernidad reciente.

En Breaking Bad sucede casi lo mismo. Walter White, el protagonista, es el típico buen pata que está subempleado, subvalorado, derrotado, adormecido, acostumbrado y resignado. Y sin embargo es talentoso, buen padre, buen esposo, responsable, tratando de dar lo mejor en su trabajo, tratando de hacer su vida de acuerdo a las cartas que le han tocado, hasta que le diagnostican un cáncer terminal. Y de ser un tipo frustrado y blando, se transforma en un traficante y *cocinero* de metanfetaminas calculador, asesino, estafador y conspirador. Pero lo que de verdad me atrapó en esta serie es que este proceso aparece como un cambio natural y se convierte en una experiencia lógica y hasta empática. Breaking bad es como llegar al límite de la frustración, al borde de la muerte, rozar la catástrofe y salir, de alguna manera, bien parado.

Lo bueno de la serie es que te la crees y eso te acerca más. Los personajes que te anclan son mundanos y llenos de humanidad, los que le añaden sazón son más bien excéntricos, pero todos son creíbles. Algunos estereotipos son muy graciosos, como el del abogado cobarde, saca plata y corrupto o el asesino con experiencia, super cool, que saca a pasear a su nietecita. Esos le dan mucho humor a los capítulos, aunque Walter también está cargado de un humor negro muy intenso. Su familia lo lleva siempre a la realidad, lo obliga a formar parte del mundo, a no olvidarse de quién es y por qué hace las cosas, y tiene que lidiar también con esos problemas del hogar, con las reparaciones, con las cuentas, con su esposa, sus cuñados, su hijo adolescente y su hija recién nacida. Walter siente que debe cuidarlos a todos, no importa qué se le ponga en el camino. Por eso es como un antihéroe al que nadie puede odiar realmente.

Esta moral nebulosa, éticamente ambigua y traicionera rodea a casi todos los personajes. Por ello se muestran malos pero buenos, buenos a medias, malos bien malos y malos en verdad, hay tantos

malos que te preguntas si en verdad es malo lo que hacen. Así empiezas a preguntarte qué es ser malo y empiezas a verlos de otra manera, empiezas a verte en una situación parecida y te preguntas qué harías. Y te respondes que harías lo mismo, que matarías por tu familia, que romperías la ley, que tendrías el valor para relacionarte con delincuentes y que tendrías conversaciones para decidir sobre la vida de otros. Breaking Bad te hace preguntarte sobre tus principios, porque te encuentras deseando que no le pase nada malo al tipo ese que prepara la mejor droga de la ciudad. Por eso creo que es una serie muy contemporánea, porque es muy violenta y te interpela con la misma violencia, pero no del tipo de violencia controlada de otras series. Se trata de una violencia de vida, esa violencia que se respira en el aire. Es como el espíritu de los tiempos actuales, en los que seguimos las normas, pedimos permiso y decimos *gracias*, pero en donde sabemos que basta que pase un pequeño incidente que desestabilice el orden de las cosas, para que se vuelva una selva en donde solo sobrevives si estás dispuesto a todo.

Personalmente no creo que el tema de las drogas sea el eje central de la serie. Creo que lo que le da vida es la subversión, el ir más allá del cuestionamiento retórico. Al final no puedo decir por qué me gusta tanto Breaking Bad sin evidenciar también que estoy harto de los CSI, de la Ley y el Orden, de los Sitcom llenos de sarcasmo bufonesco, de las buenas ideas convertidas en imitaciones de sí mismas (hola Big Bang Theory), de los remake y del abuso de la ciencia ficción. Todas esas series de gente linda y buenita me aburren, es la hora de los Dexter, los Game of Thrones, del regreso de The Wire, Deathwood, Six feet under, Sopranos y Carnival. Es la hora de ser malos, sea lo que sea que eso significa.

La cuarta temporada ya empezó en junio de este año en los Estados Unidos y nuevamente me veo esclavo, semana a semana, del capítulo de estreno. Ni Polvos Azules o Taringa pueden remediar la angustia. He regresado a mis épocas de espera irremediable, cada semana me prometo dejarlo y retomar lecturas y actividades postergadas, pero cada semana la droga de Walter White me arrastra a un breve pero placentero escape.